

Vodevil Malagueta

La polémica de los chiringuitos de La Malagueta tiene varios filos. Uno de ellos es el destrozo que se está cometiendo al edificar sobre al arena de la playa unos mamotretos que no gustan a casi nadie. Los ecologistas lo denunciaron y desde entonces las voces en contra no han hecho más que crecer. Se podría rectificar, y derribar tales edificios, aunque se supone que la simple amenaza de indemnizaciones



SEGUNDA PLANA

LUIS M.
CARCELLER

echaría atrás esta idea, de modo que habrá que tragar cien años o más.

Otro de los frentes abiertos por el 'caso chiringuitos' es el político. El concejal de Turismo, Damián Caneda, dijo ayer que se trata de chiringuitos «demasiado altos, demasiado anchos, demasiado opacos». Demasiado todo. Desde el Ayuntamiento indicaron que las declaraciones de Caneda eran a título personal y el propio edil se refirió a ellas como su «opinión turística». Curiosa expresión.

Caneda dice que no le gustan. La edil de Playas, Teresa Porrás, señala que el proyecto original sí, pero los cambios que ha hecho la Junta, no. De momento, ya no sabemos si en el Ayuntamiento gustan o no gustan. La Junta, por su parte, dice que qué cambios, si no ha hecho nada o al menos eso cuenta el delegado de Medio Ambiente, Javier Carnero. Y Costas dice que el diseño no es lo que era en un principio. Las preguntas, por tanto, se agolpan: ¿Quién manda aquí? ¿Qué administración tiene la responsabilidad? ¿Todas? ¿Ninguna?

La discusión sobre los chiringuitos de La Malagueta se aproxima así a la irremediable pelea entre instituciones, tan del gusto de la ciudad. Quizá la novedad sea que también hay



Banderas sobre uno de los chiringuitos en obras. / J. DOMÍNGUEZ

diferencias dentro de una misma administración, en este caso el Ayuntamiento. En La Malagueta se erigen unos edificios sobre los cuales nadie tiene la palabra definitiva y parece que echarse la pelota unos a otros es el recurso fundamental. El principio aquel de 'una administración, una competencia' sigue siendo hermoso sobre el papel pero no se aplica. Aquí todos opinan y lo que todos opinan es que la culpa la tiene el de al lado.

La discusión se enfanga y los chiringuitos crecen a un ritmo lento, también como siempre –se comprometió su apertura para Semana Santa–, con la indisimulada idea de que la polémica dure unos cuantos días y se agote.

Hace unos años, cada administración quería imponer su idea y asumir las competencias que fueran; ahora nadie quiere ser el firmante,

en este caso de la transformación del paseo marítimo. Las declaraciones de los concejales Caneda y Porrás aclaran pocas cosas. El primer cree que las administraciones no funcionan, lo cual es a estas alturas más que una sospecha. La segunda remata que «para gustos, colores» y reclama coherencia en un proceso en el que pocas voces se levantaron en contra al principio.

La polémica ofrece demasiados ingredientes y buscar a alguien con autoridad se ha convertido en un enredo, un vodevil en el que lo único que queda claro es que el diseño de los chiringuitos tiene escasa aceptación, mientras cada protagonista pone cara de póquer. Con este panorama se adivina batalla política y ningún resultado. Las obras continúan despacio y con buena salud.